

Carta a don Antonio

Jaime-Federico Rollán Ortiz

Próxima a lo abacial, sonora y grave, te han dicho que tienes la voz. Con ella la fluida palabra, que vuelcas en versos y relatos, antes la que uno se queda como dudando a cuál preferir más. A la de ese poeta del arraigo caminante, como te acaba de definir Jiménez Martos, o a esa otra de viajero incorregible por unas tierras calientes, hermosas como una mujer. Y terminas sin querer renunciar a ninguna de las dos.

Enamorados de trenes, de hoteles o de fondas, que te abren los brazos, como los de tu Y griega, a la sorpresa de una historia por la que te adentras, poniendo el alma y el arte, con el poético decir, siempre al fondo. «He viajado mucho con la fantasía y mucho con los pies». Y seguirás haciéndolo, por muchos años, y te lo deseo, para recreo de nuevas historias, que tienen la elegancia de lo galante.

Entre **Los brazos de la i griega** y el reciente **El síndrome de Estocolmo**, quedan tu **Antología de la seda y del hierro** y las **Historias veniales de amor**.

Ellos propician tu entorno madurado, con tu sonora personalidad de escritor, junto a la del amigo, que tropiezo algunos días, para el coloquio rápido, más jugoso, en cualquier encuentro cotidiano en Ordoño o cualquier otra calle leonesa.

La cotidianidad, como la vecindad, forman parte de tus entornos familiares, por donde se decantan versos y relatos tuyos. Eres como un marino que no se resignase a la misma ola, que necesita la búsqueda de las arenas vírgenes, junto a los retornos a la playa pequeña de los paraísos prístinos y perdidos.

Siempre te sabrás viajero desde la propia soledad, de la que, como poetas, queremos rehuir. Anclado en la más hermosa prosa de nuestra hora, llega **El síndrome de Estocolmo**, que es como una continuidad, más cuajada de tus libros anteriores, pero donde nuevamente aparece, enriquecida, la tersura del relato, ofreciendo tus mundos, entre el encanto de la sugerencia y la dulce textura de la ironía.

En esos dieciseis relatos, que inicialmente pensarás entre el cuento, memorias o libro de viajes, has decantado tu erotismo, delicado como una piel de muchacha. Permíteme que me quede con aquellos donde conjuras la presencia del eterno femenino. **Palabras, palabras para una rusa, El vuelo, El happening o La hija del general**, constituirán títulos antológicos, que te dejan el regusto de lo perfectiblemente bello.

Junto a la presencia de la mujer, como sal de la tierra, la connotación exótica de los países visitados. Desde Puerto Rico, con sombras de Juan Ramón y Zanobia en su viejo San Juan, para la aventura inicial, donde hasta la esposa se torna ficción, a los paisajes de Brasil, Argentina, Acapulco, Lisboa, Moscú o del viaje a Orly, para el encuentro con la viajera de la boca franca y saludable.

En Puerto Rico sitúas al poeta Longinos Cervera, de Palencia. «Hallarás en el libro una referencia a los poetas palentinos», me dijiste, al dedicarme el ejemplar como poeta de la ciudad abierta —«en Palencia hay poetas muy buenos, de lo más sano de Es-

paña»— y te lo agradecí, por ser la tierra de mi madre y haber pasado en ella mis primeros siete años de matrimonio, con mi mujer leonesa, tan de pro, que aquí me tienes, afincado para siempre entre vosotros queriendo me sintais como un leonés más, pese a ser nacido, como Gamoneda, en Asturias, y a no renunciar tampoco a mi asturianía.

En esas historias civiles, como te las define el crítico Santos Alonso, donde te muestras preocupado por lo cotidiano, has conseguido una esencialidad a tórculo, donde permites al lector el libre vuelo a la sugerencia. Tu transmundo, literario y vital, ha sido decantado, entre las páginas, con intercorrelación de los dos, por los que corre tu milagro de la ironía y del humor. Con un inevitable viaje de retornos, en soledad o en desolación, que así es el poeta.

A veces, querido Antonio, se te escapa tu leonesismo a ultranza, como la alusión al abad mitrado de Carracedo o a los versos de Crémer, en el leitmotiv de amor del baile con la hermosa rusa. Porque, donde quiera que vayas, León marcha contigo y con León tus tierras hermosísimas de Villafraña, el paraíso bienamado.

Por amor a tu tierra, desde tu humildad, te ha gustado saberte «un escritor provinciano y hasta diocesano». Sabes que eres mucho más. **El síndrome de Estocolmo** culmina lo ya alcanzado con tus anteriores entregas: tornarte a escritor de claros renombres nacionales.

Por ello, con el deseo de que sigas impenitente, recreando viajes y libros, de encuentro con la belleza, un abrazo.